

Reportaje

Accidentes automovilísticos El hombre: el único factor desperfecto Bernardino M. Hernando

Del ciento por ciento de los accidentes tiene la culpa el hombre ¿Quién hace las carreteras, quién hace los coches, quién conduce, quién es peatón? Los cuatro factores que pueden intervenir en cualquier accidente se reducen a uno: el hombre. Y si nos ponemos exigentes al máximo podemos dejar un mínimo porcentaje de intervención no-humana, desde un animal que se cruza en la carretera hasta un imprevisible factor geográfico, con lo que ese ciento por ciento un poco arrogante puede descender alguna décima. Nada más que alguna décima. El hombre, el hombre es el culpable y es la víctima en este remolino infernal.

Para que lo imposible sea posible

Lo malo de lo imposible es que todos lo consideramos imposible. ¿Habría algún modo de quebrar el destino? Sí: dejar de considerarlo destino. La ley estadística no deja resquicio: dada la cantidad de automóviles que circulan por las carreteras, los accidentes no son excesivos. O sea, que si pretendemos reducirlos a cero estaremos disparatando a lo tonto. Nuestra propuesta es, pues, disparatada: humanizar de tal modo la conducción de automóviles que reduzcamos la estadística (el destino) a la nada. O casi. No tiene por qué haber accidentes si el factor humano, en cualquiera de sus cuatro aspectos automovilísticos, funciona con pulcra exquisitez humana: carreteras perfectas recorridas por coches perfectos conducidos por automovilistas perfectos en un mundo de perfectos peatones.

Y clama el respondón: ¡La perfección no existe! Lo cual es cierto pero podría dejar de serlo en el asunto que traemos entre manos. La perfección no existe, pero es posible, ahora más que nunca, el grado de perfección necesaria para el intento del accidente cero. Con alguna décima para lo imprevisible...

La primera medida para llegar a esa posible “perfección” intentada es la de no alimentar las estadísticas. Es más: la de conjurar las estadísticas a base de disminuir las cifras sobre las que las estadísticas trabajan y... que alimentan las estadísticas. El terrible y vicioso círculo de los números.

Conductores, los justos; coches, ni uno más

Primero: acomodar la velocidad de los coches a la realidad de las limitaciones vigentes, tanto en carreteras como en velocidades. No hay conductor que aguante ir a 120 cuando su automóvil puede ir a 200. A no ser que sea un conductor muy sensato. Por lo tanto, en segundo lugar, no permitir que sean conductores los insensatos. No basta ser hábil, hay habilísimos insensatos. Y en un simple examen de conducir nadie hace profesión de insensatez.

Por lo tanto, en tercer lugar, acomodar la concesión de permisos de conducir a la realidad de los modos de ser de los futuros conductores: no se deja el fuego ni la electricidad en manos de los bebés. Hay bebés de 30 años y más. No basta la edad cronológica, ni la habilidad ni el dinero ni la sensatez aparente y fugaz. Un coche es un arma. Si sólo

podrían conducir los que se pueden conducir, disminuirían drásticamente los permisos. O sea: hay demasiados coches y demasiados conductores: no demos ventajas a las estadísticas. Se podrían reducir los accidentes casi a cero. ¿Imposible? Lo malo de lo imposible es que todos lo consideramos imposible. Y así no hay quien juegue.